
- 4 -

Acerca del anciano y su amorosa síntesis...

A Mercedes Nahuel Pan

*“... estrecha es la puerta
y angosto el camino
que lleva a la vida, y pocos
son los que la hallan”
Mt. 7,14.*

*“Hoy tomo sol en esta soledad
que me perturbó tanto en mis
años de juventud...”
Albert Einstein*



Dejaré atrás, aunque no demasiado, la fascinante y vital realidad del niño, llena de tesoros y dragones, y me iré adentrando, lentamente y con la medida necesaria, en el territorio del anciano. En la otra punta de la vida, desde lo cronológico, se encuentra este personaje bien diferente pero tan maravilloso como los descritos con anterioridad. No es alguien para descubrir exclusivamente al final de nuestro camino, es más bien un compañero de viaje permanente (tengamos la edad que tengamos) con el que sería fantástico saber dialogar, cosa que no es fácil, pero tampoco imposible.

Voy a tratar de distinguir, también como lo hice con el niño, dos tipos de ancianos. Ambos están relacionados desde un punto de vista con los niños ya vistos, formando un eje a lo largo de la vida: **el “ermitaño”** (en oposición al “niño huérfano”) y **el “anciano sabio”** (en oposición al “niño originario”). Es importante aclarar que ésta es sólo la denominación que yo he elegido, pero existen otras tantas, muy útiles para comprender estos arquetipos internos. Puede ser interesante aclarar que este eje que acabo de mencionar, es llamado el “camino rojo” en la cosmovisión de los indios sioux, o el “camino del bien” que todo hombre debe recorrer necesariamente a lo largo de la vida. Pero no podrá transitarlo correctamente sin antes haber aprendido del “camino negro”, el camino de la guerra que nos lleva al encuentro con nuestro adversario interior (una fuente valiosa para ampliar este punto es el libro “Alce Negro habla”, narrado por él mismo). Me ocuparé en el próximo capítulo de esta cuestión con profundidad.

Lamentablemente, nos toca hacer mención a un “anciano-símbolo”, en un contexto sociocultural que, desde hace décadas, ha comenzado a menospreciar a los viejos. En este final de siglo y de milenio y

fundamentalmente en el occidente blanco (no indígena), los ancianos son dejados de lado e internados en geriátricos. Quizás porque la vejez fue pasando de ser sinónimo de experiencia, a ser algo que debemos evitar. El paso del tiempo parece ser muy movilizador para el hombre de hoy, que busca mantener una especie de juventud eterna. Verse juvenil, sin canas, sin arrugas, sin piel flácida parece ser la consigna que predomina. Y los medios de comunicación masivos se encargan de reforzar este mensaje mostrando cuerpos perfectos, cuerpos que parecen no ser víctimas del “cronos”, del inevitable paso del tiempo.

Antes se era niño admirando a los adultos y queriendo llegar a serlo y con un gran respeto por la opinión “sabia” de los mayores ancianos. Hoy se es niño-adolescente y se desea seguir siéndolo aun de adultos. Niños y adultos buscan la adolescencia y juventud como es ideal de vida. Los ancianos no cuentan es esta imagen de eternidad perfecta que anhela el hombre contemporáneo...

Entiendo que el hombre de la ciudad está muy condicionado por los patrones sociales vigentes y, por tanto, en una época donde los cambios son cada vez más vertiginosos, los viejos se van quedando sin el lugar que tuvieron antaño. Ya no representan ni la autoría, ni la autoridad, porque asisten a un mundo tan diferente que los hace caer en una especie de disloque generacional. Les toca asistir a una rueda de cambios que gira a una velocidad que no pueden seguir o, como mucho, apenas pueden entender con gran esfuerzo. En una edad donde la clave es ser guía y referente de tradiciones, todo parece inútil, todo va cambiando tanto y tan rápido que se pierde de vista lo importante, ya que esto aparece encubierto por realidades urgentes, por la búsqueda de respuestas inmediatas e innovadoras. Y no sólo entran en crisis ellos como imagen, sino la tradición misma. Se impone el individualismo aquí y ahora...

En las comunidades aborígenes o en los pueblos originarios nativos (cuando decimos nativos nos referimos a las culturas que tienen,

en su cosmovisión, consciencia de que la tierra que pisan es sagrada y por tanto se sienten hijos de ella) se suele asociar a los ancianos, con las piedras.

En la cultura maya antigua, por ejemplo, se acostumbraba a saludar de la misma forma a los ancianos y a las piedras. Se los respetaba y se los veneraba tanto a los unos como a las otras, ya que eran considerados sagrados y fuente de curación y de ceremoniales espirituales.

La piedra es básicamente símbolo de la quietud máxima, del aplomo, la espera, de haber visto y vivido todo, de la comprensión omniabarcante del entorno. Es una especie de sabio que lo ha transitado todo, que desde tiempos remotos ha visto suceder cientos de acontecimientos delante de él..., es testimonio viviente de lo milenario, representante de la Sabiduría Antigua.

Con los ancianos, sucede algo parecido. En culturas donde no se ha olvidado el valor de lo interno, o la importancia del desarrollo del hombre como persona, más allá del mero crecimiento de lo externo y la búsqueda de la pura comodidad, del tener, allí el anciano ocupaba y ocupa un lugar central. Los ancianos suelen ser los principales referentes en el plano del ser, y esto va mucho más allá del ritmo con el que cambian las cosas en el entorno. Son como faros de luz en lo vital y existencial que tiene la vida de cada hombre. Ese es su lugar originario, el de acompañar, aconsejar, transmitir la sabiduría de generación en generación, dar las líneas directrices toda vez que se haya perdido el rumbo y a veces callar para que cada uno pueda cometer sus propios errores. Saben, o al menos lo sabían en un futuro no tan lejano, hay momentos para ponerse delante de los demás y guiar, otros momentos para ponerse al costado y acompañar, y otros en los que es sabio saber ponerse detrás y confiar.

Antiguamente tenían (actualmente se da en algunas aldeas y pueblos de distintos lugares del mundo) una vida longeva que les permitía

vivir cerca de ciento veinte años, lo cuál les daba la posibilidad de poder mirar retrospectivamente siete generaciones. ¡Quién pudiera tener tal perspectiva para comprender el transcurrir de muchos acontecimientos!..., en lugar del parcial enfoque que es producto de la inexperiencia y el intento de reflexionar demasiado rápidamente los hechos del aquí y el ahora. Pero lo cierto es que ambas miradas son necesarias; la lejana, que puede tener mayor cantidad de claves para comprender en función de una mayor totalidad (propia de ancianos), y la cercana, que puede captar una mayor cantidad de matices en el presente (propia de jóvenes). Incluso la mirada del niño, fresca y provista de creatividad, es necesaria. Cada etapa de la vida tiene su misión y de ninguna se puede prescindir para acceder a la totalidad.

Para todos los puntos de vista es un desafío el diálogo con el otro, pero es necesario para no caer en la parcialidad y la estrechez de miras. Por ejemplo, así como los ancianos representan lo “antiguo”, los jóvenes representan lo “nuevo”¹. Qué fascinante prueba la del hombre que intente articular armoniosamente lo antiguo, con lo nuevo. Es un equilibrio demasiado delicado, pero bien vale la pena tratar de lograrlo. Dos cosas pueden suceder de no conseguir la alquimia²: una, es que prime lo nuevo y se pierdan las referencias al pasado, a las tradiciones, a las raíces... Tendremos entonces un árbol que parece fuerte pero que, cualquier “viento tempestuoso” lo tirará al suelo. La otra, es que prime lo antiguo y se cierren las posibilidades a lo nuevo. Caeremos así en el tradicionalismo y el culto a las costumbres sin ningún sentido de proyección al futuro y de apertura al cambio. El exceso de lo nuevo, forma seres débiles e

¹ Al finalizar este capítulo realizaré una reflexión acerca de lo “viejo” y lo “nuevo”, representados por dos arquetipos ligados a la ancianidad y la niñez: el patriota y el extranjero. Me parece de fundamental importancia el entender el diálogo entre estos personajes interiores y la relación de ambos con la experiencia cotidiana.

² A lo largo de todo este trabajo, el concepto “alquimia” está siendo usado en similares sentidos: como la transfiguración del dos en el tres. Como sinónimo de unión de orden superior que sintetiza a la dualidad. En la alquimia está actuando el tercer elemento que permite la elevación a una esfera superior, resolviendo toda polaridad y paradoja.

inconsistentes, poco preparados para soportar las dificultades de la vida. El exceso de lo antiguo forma seres rígidos que se parten con demasiada facilidad frente al movimiento y a las cuestiones del devenir. Otra vez, como en el caso de la caña de bambú, aparece el necesario trabajo en equipo de lo uno con lo otro. La fortaleza madura es la síntesis de un espíritu joven con raíces profundas y bien arraigadas. Preparado para las tormentas pero abierto a los nuevos horizontes.

Pero para clarificar mejor el lugar del anciano al que queremos aproximarnos, nos puede ser útil citar una frase de Huxley: **“la experiencia no es aquello que nos pasa, sino lo que nosotros hacemos con lo que nos pasa”**. Esta maravillosa idea nos puede servir para iluminar la parcial y falsa creencia de que “quién se quema con leche, ve una vaca y llora”³. Este refrán no explica porque tantos hombres no sólo no lloran, sino que reiteradamente se vuelven a quemar e incluso ni siquiera el nuevo dolor les sirve para “aprender” (y quién no reconoce algunas situaciones en la vida donde volvimos a tropezar con el mismo obstáculo o a chocar contra la misma pared, casi como sino pudiéramos evitarlo). Vivir mayor cantidad de años, no nos hace necesariamente más sabios, sino solamente más viejos.

Por esto queremos separar el concepto de “anciano” del de “viejo”. Llamaremos viejo a aquel que simplemente va viviendo, que hace lo que puede y a veces ni siquiera eso, con su camino de vida. Que no deja espacio para la reflexión sobre lo ocurrido (entendida esta como capacidad de formularse preguntas recapituladoras y interpeladoras de sentidos), que, o se enoja o se alegra, pero siempre por circunstancias externas, sin lograr encontrar “su protagonismo” en cada acción, como si todo en la vida “le pasara” (un poco impersonalmente), en una especie de fatalidad o suerte de destino impreciso. Anciano, en cambio, sería aquel

que busca aprender de cada experiencia, que tiene consciencia de que hay un “para qué” en todas las cosas, lo sepamos o no. Sabe que **“vivir es algo más que respirar”** porque lo ha ido aprendiendo en cada paso.

Un lindo ejemplo de esto lo narra Marlo Morgan, en su increíble libro “Voces del desierto”, cuando cuenta que los nativos australianos no festejan los cumpleaños porque no les parece especial ni significativo únicamente seguir vivos; sí, en cambio, reúnen a su gente cuando lograron algo que antes no lograban, cuando vencieron un nuevo obstáculo o cuando realmente aprendieron de lo que les sucedió.... Festejan estar convirtiéndose en ancianos, estar evolucionando. Bastante distinto de festejar el mero crecimiento. Dejémoslo bien claro, **evolución no es lo mismo que crecimiento**. El crecimiento tiene connotación mas bien física o, a lo sumo, psíquica, en tanto que la evolución nos remite necesariamente a la idea de una consciencia que se amplía y a un espíritu que se hace más perfecto, que se acerca más a su esencia y al despliegue del potencial de su ser. Hablar de evolución supone ir más allá de lo immanente hacia el plano de lo trascendente. Supone entender la posibilidad de desarrollo humano en un sentido amplio e integrador, como si fuera un movimiento de espiral ascendente, en contraste con un movimiento lineal de crecimiento.

Es interesante observar que, si el anciano es aquel que aprende de lo que le sucede, o que acepta su impotencia ante la imposibilidad de un cambio, ésta no es una realidad exclusiva del final de nuestra vida, sino de cada paso que damos, independientemente de la edad que tengamos. Más que una edad o una etapa, sería una actitud frente a la vida. Una manera de estar parados, con la apertura necesaria para ver y comprender, reconocer y aceptar. El viejo, en cambio, tiene que ver con la actitud del necio, con aquel que se niega a ver, a reconocer, a aceptar; con aquel que vive con la actitud facilista de esperar todo del afuera, del “yo no fui”,

³ Este refrán perteneciente al imaginario popular argentino, trata de expresar la fuerza de una experiencia negativa, pero poco dice acerca de la necesidad de muchos de nosotros de cometer

del proyectar en el mundo exterior la conflictiva interior y no buscar asumirla como propia.

De todas formas, no estoy tratando de plantear una dicotomía: o se es viejo, o se es anciano. No es tan simple, ya que en muchas cosas tenemos una actitud, y en otras, la contraria. Somos abiertos y necios, aceptamos y negamos, reconocemos lo propio y echamos todas las culpas a alguien, a algo. El camino de la vida y quizás la etapa final de la nuestra, será la prueba clara de quién triunfó sobre quién, mientras tanto viviremos en la dualidad y a veces en la contradicción de ser a veces sabios, a veces tontos o necios. Podemos incluso realizar el apasionante trabajo de buscar estos aspectos en nuestra vida, comenzando a delimitar de esta manera el lado pulido y el lado por pulir del valioso diamante que somos⁴. En el segundo capítulo recomendé un ejercicio que está vinculado con esto: la posibilidad de reconocer estas actitudes opuestas en nuestro interior y hacerlas dialogar, interactuar, entrar en movimiento dialéctico...

También recordemos lo dicho con anterioridad del aprendiz, que siendo necio en muchos aspectos, se suele llegar a sentir sabio en casi todos. La arrogancia, soberbia, petulancia, vanidad, son enemigos que todo hombre debe asumir para intentar derrotar, sobre todo si quiere convertirse en “anciano sabio” en vez de vivir los últimos años de vida como un “viejo cascarrabias”, quejándose de todo y estando lejos de la esperanza y la amorosa comprensión de la vida propia de los grandes, incluso la mayoría de ellos desconocidos y muy poco mostrados y reconocidos por medio de comunicación alguno. Nuestra majestuosa

sistemáticamente el mismo error una y otra vez, sin poder actuar ni modificar nada al respecto.

⁴ Recomendando trabajar para enriquecer este punto el libro del Dr. Gabriel Castellá, “EL hombre mediocre, elevado y superior”, de ediciones San Pablo. Allí el autor estudia y plasma, con gran criterio etimológico y semántico, las notables diferencias de actitudes que hay en cada uno de nosotros a medida que ampliamos nuestra consciencia. Podremos ver con cierta facilidad la coexistencia del sabio y el necio en nosotros y con respecto a distintas cuestiones de nuestra

cordillera de los Andes, por poner un ejemplo entre tantos posibles, esconde cientos de ellos entre sus cerros, a orilla de ríos y lagos. De norte a sur, allí están, hablando diferentes lenguas, en casas muy austeras, con los rostros llenos de surcos marcados por el frío, el viento, una vida difícil, el duro trabajo diario, etc. También en las ciudades se guardan tesoros humanos impredecibles, nos resta saber encontrarlos y valorizarlos debidamente. Sin dudas, allí donde haya hombres, estará siempre planteada la doble posibilidad de encontrar lo sublime y lo macabro, lo excelso y lo burdo, lo genial y lo estúpido, lo grande y lo miserable. Lo decimos con la gran dicha de haber encontrado varios ancianos y de haber podido disfrutar de su mágica compañía. En palabras de Goethe:

“He llegado a la conclusión aterradora de que yo soy el elemento decisivo de mi vida.

Yo poseo el poder tremendo para hacer mi vida miserable o alegre. Para con otros y para conmigo mismo yo puedo ser una herramienta de tortura o un instrumento de inspiración.

Es mi respuesta la que decide si una crisis se escala o no.

Son mis acciones que deciden si yo me ennoblezco o me degrado y si humanizan o deshumanizan a los demás.

Soy el poder de mi vida.”

Pero, más allá del lugar donde encontrarlos, hablando con ancianos, se hace por lo general evidente la sentencia china que afirma que **“un sabio por un minuto es un padre para toda la vida”**. Resta tener la propia experiencia para no quedar en la frase hecha, y ver como una vida entera puede girar 180 grados, o un edificio construido en

vida. Y poder ver esto en nosotros no es poca cosa en cuanto al camino de individuación que tenemos que recorrer.

muchos años, pude caerse en apenas instantes. Como dice Paulo Coelho, **"...hay bendiciones de Dios que ingresan a nuestras vidas astillando todas las vidrieras"**⁵, lo mismo o parecido podría decir que ocurre con lo que pueden provocar las palabras de nuestro "anciano sabio"... tanto en su aspecto interior como exterior (aspectos que no siempre resulta necesario separar).

Vuelvo a nuestros ancianos interiores, y dejo un poco los aspectos exteriores ya un poco planteados hasta aquí. He dicho que iba a destacar dos matices fundamentales del anciano: el "ermitaño" y el "anciano sabio", tratando de no olvidar que la diferencia es sólo conceptual, ya que en lo cotidiano pueden resultar prácticamente indistinguibles.

El "ermitaño" es un personaje conocido, casi estereotipado como un ser solitario, no importa cuál sea su edad, que vive perdido en una cueva en lo alto de algún cerro o montaña. Y algo de esto tiene que ver con lo que queremos destacar de este anciano. Las condiciones de vida del mismo suelen ser límites intolerables para cualquiera en situaciones habituales: **soledad, silencio, oscuridad**, poca comida o **ayuno, quietud**.... Nada más lejos de las necesidades del "niño huérfano" al que ya hicimos referencia en el capítulo anterior. Para éste sería detestable una vida con tales realidades cotidianas. Sin embargo, el "ermitaño", más allá de su austera y aparentemente difícil situación de vida, parece ser feliz. Siempre se muestra como un ser realizado, sin que el "sentido común" de cualquiera de nosotros pueda entender mucho cómo. Desde las heridas del niño, podríamos decir que no se puede ser feliz de esa manera, que es imposible, sencillamente porque son cosas que duelen. La experiencia de muchos sirve como ejemplo para probar lo difícil que es estar un tiempo en contacto con alguna de dichas condiciones, la soledad por ejemplo, o la quietud. Cuántas veces una enfermedad nos pone en contacto con el

⁵ Cita tomada del libro "Brida", editorial Planeta.

“ermitaño” interior, porque por unos días no podemos levantarnos de la cama, o no nos pueden visitar, o no podemos comer normalmente o movernos con naturalidad. Para cuántas personas solamente esto ya representa un martirio o un sufrimiento complicado de sobrellevar.

Es cotidiano el desafío que el “ermitaño” tiene para brindarle a nuestro “niño herido”. Y de por sí, cada prueba, por llamarla de una forma que retomaré en capítulos siguientes, es un conflicto a alguna de las tantas necesidades que todos tenemos, aunque lo ignoremos. Para algunos, el corte de su línea telefónica ya los pone en la incómoda situación de no poder recibir llamados o comunicarse con alguien. Es entonces cuando el “niño herido” grita desde lo profundo: “van a abandonarnos”, “no nos van a querer más”, “no somos importantes para nadie”, etc. En cambio, el “ermitaño”, con menos fuerza, expresa lo contrario: “aprovechemos a disfrutar de nosotros mismos”, “podemos estar bien más allá de cuántas personas no llamen por teléfono”, “no debemos confundir soledad con aislamiento”, “descubramos lo reconfortante que es el silencio, el tiempo para leer, meditar, reflexionar, escribir, orar...”, etc. Así de simple, interiormente es como si se librara una pequeña batalla, que habitualmente tiene siempre el mismo ganador, el caprichoso “niño herido” que tanto grita, que apenas podemos oír los interesantes comentarios que el “ermitaño” tiene para hacernos con respecto a nuestra situación⁶.

Cuántos ejemplos podríamos poner cada uno sólo pensando en la última semana. Son permanentes las pruebas que la vida nos pone, por tontas e inofensivas que algunas parezcan, para explicarnos que **la felicidad pasa por otro lado y no por la desesperada búsqueda de la**

⁶ Esto de “oír lo que tiene para decirnos” no es solamente lenguaje figurativo. Pienso que es posible escuchar las “voces” de estos personajes de muchas maneras y sobre todo a través de las circunstancias mismas. Mi propia experiencia me muestra con creces hasta dónde este diálogo es posible.

satisfacción de nuestras necesidades⁷, cosa que, a lo sumo, podrá provocarnos satisfacción o placer y algo de pasajero bienestar (siempre todas sensaciones efímeras, pasajeras). El “ermitaño” interior sabe todo esto muy bien, pero nuestro ego se niega a escucharlo y a veces se pone un poco terco y tozudo. Igual la vida misma sigue presentándonos nuevas posibilidades de ver: un accidente que nos deja sin auto por un tiempo, una fractura en la mano diestra que implicará un yeso por semanas, nuestro consejero espiritual o terapeuta que viaja lejos justo cuando más lo necesitamos e infinitas posibilidades más.

La cuestión es aceptar el desafío de ir más allá de nuestras necesidades, de convertirlas en deseos (donde ya no es imprescindible ni necesaria su realización), darnos cuenta que debemos curar las heridas del niño enfermo que todos tenemos dentro, dejar que el “ermitaño” mismo sea un camino hacia la curación, poder detenernos a reflexionar “¿qué tiene él para decirme hoy, de esto que nos está pasando?”; comprendiendo que la realización va mucho más allá del mero placer, incluso de la pasajera alegría.

El encuentro con el “ermitaño” es un paso trascendente en la vida del hombre, porque nos hace desviar la atención desde lo superficial a lo esencial. Nos viene a decir por dónde no deberíamos seguir caminando, con qué actitudes no vamos a llegar muy lejos. El principal inconveniente es que tiene una manera muy desagradable de decirlo. En general, no señala la herida sino que apoya el dedo en ella. Y con esta forma poco grata de enseñar, viene para traernos experiencialmente ese lindo refrán hindú que afirma que **“el hombre únicamente posee aquellas cosas que no puede perder en un naufragio”**. Él no tiene nada que perder, puesto que sólo se tiene a sí mismo y por ello es feliz, porque está en un estado de plenitud, de completud gozosa. Esta plenitud es consecuencia de haber

⁷ Pienso que el lenguaje común confunde, muy a menudo, expresiones marcadamente diferentes, en este caso “felicidad”, con “satisfacción”. Desarrollaré esto y otras

enfrentado y derrotado a esos cinco grandes enemigos que enturbian nuestra mirada permanentemente: silencio, soledad, ayuno, oscuridad y quietud. Porque si nos tomamos el trabajo de observar entre líneas, veremos que todos tienen un trágico común denominador para el hombre: **el vacío, el no-ser**. Y todos ellos nos obligan a enfrentarnos con el miedo más arcaico, el miedo a lo desconocido, el miedo a la muerte, el miedo a dejar de ser o de existir....

Por esto, el encuentro con el "ermitaño" suele ser muy duro, puesto que nos pide trabajar muchas cuentas pendientes de la niñez. Es imprescindible hacerse cargo del dolor que envejecido, ya convertido probablemente en sufrimiento. Es necesario volver a sentir el drama de una situación para poder quitarle luego la carga dramática y darle un sentido de aprendizaje; en otras palabras, sanar situaciones del pasado, liberar mucho de la pesada carga del equipaje, de la mochila. Esta se hace paulatinamente más liviana si podemos aprovechar cada una de estas experiencias.

Finalmente, será posible el amistoso y ameno diálogo entre "niño huérfano" y "ermitaño", porque ya no habrá suspicacias entre ambos, porque ya no será necesario ni huir, ni negar, ni proyectar en otros, ni olvidar rápidamente, puesto que el dolor será sublimado espiritualmente por una fuerza interior que espera que le permitamos actuar. Reconocernos enfermos es el primer y trascendental paso hacia la curación, porque abre los canales de comunicación con ese **"sanador interior"**, que espera ser despertado para comenzar a actuar. Y éste es un paso que cada uno tiene que dar desde su **"yo"**, desde su consciencia; una decisión que llegado el día, deberemos tomar.

Paso al, en este caso, segundo anciano, a ese que llamé sabio. Ya que, aunque el "ermitaño" también lo es, es más difícil reconocerlo como

tal en una primera impresión. Más adelante veremos el rol que él juega en nuestro aprendizaje. El “anciano sabio” está en oposición con el otro niño, el originario, primordial. Y, si este último es energía pura, algo así como la gran explosión del universo llamada “Big Bang” por los científicos, el anciano es el punto de concentración máxima de toda esa energía. Si uno busca expandirse indefinidamente hacia todas las direcciones, el otro buscará llevar toda esa fuerza a un único punto, a un centro (como el rítmico movimiento del corazón, sístole y diástole, expansión y contracción, exhalación e inhalación)⁸. Es una poderosa fuerza de selección, y un referente fundamental para todo peregrino, ya que, cuando actúa, lo hace como un poderoso imán atractor. Atrae y nos lleva, poco a poco y paso a paso, hacia esa “puerta estrecha” de la que habla el evangelio de San Mateo.

Podemos ver esto en ejemplos muy cotidianos. En los niños, esto se hace evidente en el incansable apetito volitivo que tienen. Quieren todo y lo quieren ya. No pueden seleccionar puesto que no les resulta fácil decir “no”, ya que hacerlo significaría resignar una parte del universo. Es como si fueran guiados por un impulso omniabarcante, imposible de satisfacer acabadamente, que no entiende de razones humanas materiales porque se mueve todavía en un plano casi divino. Ya vendrá posteriormente la internalización de las categorías de “cronos” y el concepto de “materia limitada”, pero por ahora, todo parece ser posible. Luego comenzará el período de darse cuenta de que todo no puede hacerse por una cuestión de tiempo finito y de que todo no puede tenerse por una cuestión económica, un problema de materia finita.

En jóvenes y adultos esto todavía está presente, aunque en menor medida, si es que todavía no se han conectado con la fuerza complementaria del “anciano sabio”. Son personas que se sienten movidas

⁸ Así como el “niño originario” busca siempre la máxima expansión (aunque sea esto totalmente inconsciente), el “anciano sabio” buscará la máxima concentración. Es el polo opuesto de un

hacia muchas direcciones sin poder saber bien para qué, o cuál es el sentido de sus acciones. Es como no poder dejar de hacer “zapping” con la vida y andar saltando de opción en opción, de canal en canal. Un poco de cada cosa, tratando de probar todo, pero sin poder quedarse con nada, puesto que no se puede saber con certeza qué es lo propio, ni ver los indicadores que muestran nuestro camino, o sea aquello que nos hace realmente individuos, con un ser específico, diferente de todos los demás...

Cuando comienza el peregrinar, esa búsqueda de los primeros indicios de la propia identidad, del sentido de la vida, empezamos con mucha energía. Y casi necesariamente andamos detrás de cuanta oferta haya en el mercado de buscadores de lo profundo (porque convengamos que para todo hay un mercado y muy válido para encontrar las herramientas necesarias para los primeros pasos). Nos sumergimos en un océano que no tiene límites, en un mar sin fondo y sin fronteras; y esto, sin el sutil apoyo y guía del anciano, es como quedar a la deriva, como vagabundear errantes y sin estrella que guíe nuestros pasos. Demasiada energía nos hace deambular entre propuestas o caer fanáticamente en la que nos resulta más interesante, en ambos casos, sin saber demasiado si es o no, lo nuestro⁹.

El anciano es esa fuerza que nos ayudará a recortar **poco a poco** lo que no es para nosotros. Es quien nos dirá, siempre muy suavemente o de forma casi imperceptible, por dónde podemos empezar a navegar, con qué rumbo está la primera de las costas a descubrir, inspeccionar o investigar. Sus indicaciones son maravillosas, pero implican tener la capacidad de resignar otros caminos, de soltar otras posibles

imán vital que funciona, como todas las fuerzas magnéticas, con leyes análogas a las mismas.

⁹ A mi criterio es tan peligroso colocar la energía en todas las direcciones a la vez, que es como no colocarla en ninguna, como colocarla toda junta en una cosa. Esto último derivará tarde o temprano en algún “**ismo**” (entiendo que de detrás de todo “ismo” se encuentra la exageración de un solo aspecto en perjuicio de otros, se esconde una unilateralidad), ya sea fanatismo, dogmatismo, fundamentalismo, etc.

experiencias. Es importante saber que el anciano hablará más claro cuanto mayor sea nuestra capacidad de desapego, nuestra disponibilidad, la aceptación de lo que venga, sea lo que sea. El “niño originario” no se lleva bien con este anciano porque éste le pide demasiada entrega y obediencia, le pide que se deje llevar a un ser que es básicamente omnipotente, que confíe ciegamente en su guía, que no pida tantas explicaciones y que camine. Que ya llegará el momento de comprender, puesto que todo llega si logramos tener la actitud apropiada para ello.

El eje del “niño primordial” y el “anciano sabio”, plantea similar tensión a la que hay entre lo infinito y el uno. Nos pide que caminemos desde la multiplicidad hacia la unidad, ya que nos va poco a poco estrechando el camino, conduciéndonos hacia el “yo profundo” (también llamado “superior”), hacia el centro donde sólo se puede estar con uno mismo, aunque estemos en medio de una multitud. Nos invita, como los dibujos de “mandalas”¹⁰, a transitar desde el círculo exterior de la periferia, hacia el misterioso centro. Nos hace dirigirnos desde ser un diamante sin pulir a ser el diamante pulido. Y más precisamente a ser “este” diamante y no otro (con esta forma, este color, estas aristas, este tamaño, etc.), lo que implica la aceptación máxima de ser lo que somos y dejar de soñar con ser otra cosa. Aceptación de tener lo que tenemos, lo que “nos fue dado” (como maravillosamente lo plantea Romano Guardini en su ensayo “La aceptación de sí mismo”), de cuidarlo y de hacerlo crecer. Sin embargo, por simple que esto parezca, parece ser difícil de asumir para el hombre actual, que no ve con claridad que el camino debe irse angostando para que se pueda transitar hacia el verdadero “YO”. Quizás sea difícil puesto que en lo cotidiano se promueve una idea de libertad exactamente contraria. La que sostiene que la vida es más placentera

¹⁰ La palabra sánscrita “mandala” significa “círculo”. Son dibujos sagrados de compleja simbología que están entendidos como vehículo hacia las profundidades del ser. Partiendo del trazado de la periferia, se busca ir cada vez más hacia adentro intentando descubrir las

cuando con más intensidad y pasión se recorren la mayor cantidad de propuestas que una sociedad consumista tiene para ofrecernos. Pareciera que a mayores posibilidades, mayor placer, bienestar y libertad (lo cuál sólo es verdadero desde una acotada y parcial noción de libertad).

Pero, paradójicamente, el hombre es “más libre” cuanto más descubre **quién es** y no cuando más hace o tiene, compra, viaja, etc. En este sentido, hoy nos toca transitar por un tipo de sociedad que refuerza la energía del niño, porque así nos puede vender cualquier cosa (toda la estrategia capitalista consiste en crear necesidades, o despertarlas a través de la publicidad, para luego proponer la manera de satisfacerlas a través del consumo de algún producto). El anciano, en cambio, como hemos visto, no solamente queda denigrado por desactualizado, sino porque su energía esencialmente atenta contra los intereses económicos de todo un sistema. Ya que **no es propio de ancianos andar detrás de la cantidad compulsiva del tener, sino más bien lo contrario, o sea el buscar la calidad y la selectividad propia del ser.**

Pero me meto un poco más en el tema de la selectividad. En el título de este capítulo mencioné la expresión “amorosa síntesis” refiriéndome a los ancianos. Y esto se debe a que, como dije con anterioridad, la conexión paulatina con su fuerza nos lleva lentamente a un camino sin tantas opciones, a un camino más estrecho, más limitado. Es una maravillosa experiencia la de encontrarse con mayor claridad en el transitar y más certeza a la hora de tomar decisiones. Puesto que el anciano no suele quedar “encantado” con la intensidad de infinitas posibilidades y no queda atrapado en esa telaraña de ilusiones y de necesidades, es que puede ir más lejos, y darle a toda esa energía una dirección. Puede ir desmalezando toda esa maraña de realidades con la que los niños quedan hipnotizados, porque en la fascinación se entra en

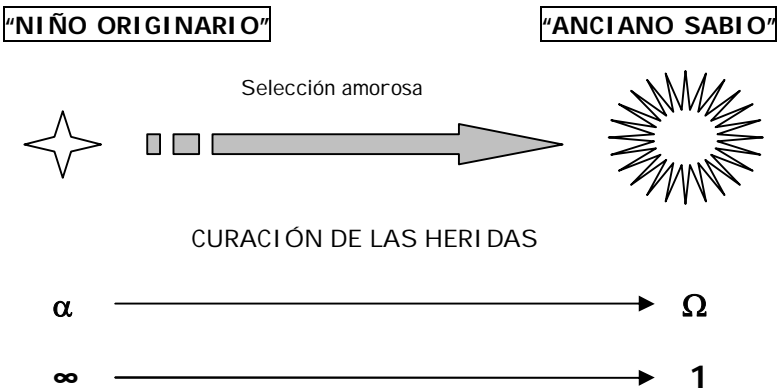
realidades que median entre lo superficial y la unidad profunda. En la zona del Tíbet se practica mucho este arte milenario que pertenece especialmente a la tradición Tântrica.

una especie de trance. Este es un proceso delicado, que nos hace recorrer el tramo que existe entre la cantidad de situaciones y aventuras a querer vivir (propia de niños) y la certeza de cuál es el paso siguiente que tenemos que dar (propio de ancianos), sin vacilaciones, engaños o velos que nos dejen en una especie de irrealidad, propia de un mundo de fantasías. **El “anciano sabio” transparenta el camino que debemos recorrer...**

Igualmente no se debería confundir ésta selectividad, con la discriminación. La selectividad con la que nos debemos ir encontrando en la vida, es amorosa. Son decisiones tomadas desde el amor, aunque esto implique, por ejemplo, el hecho de tener que alejarse de un grupo de amigos porque recién ahora percibimos que no hay el respeto suficiente entre todos. El amor también nos ayuda a poder decir **NO**, y con mucha firmeza. En cambio, la discriminación, es una selección hecha desde el odio o el rencor; es una forma del ego de ejercer su poder sobre otros, aunque sólo sea una cáscara, mera apariencia. Y lamentablemente esta sensación implícita de poder, divide y nos divide interiormente. Por ello, los ancianos son sabios, cuando han sabido transformar el odio y el rencor, cuando han aprendido a perdonar y han sabido perdonarse y perdonar a otros. Sin dudas, esta es la senda que llevará al amor, al centro, a la unidad, a Dios.... Un camino que nos va haciendo más misericordiosos y comprensivos con nuestra historia y la de los demás.

Es nuestra actitud de viejos la que no nos permite perdonar y nos hace discriminativos, sabelotodos y engreídos.... Es nuestra actitud de ancianos la que nos sana a través del perdón, y nos lleva a la amorosa unidad propia de los humildes de corazón, de aquellos que pueden ponerse de rodillas y con sencillez saberse “llamados a ser”. Estos últimos, difícilmente pierdan el sentido del humor, ya que por duro que sea el camino a transitar, han elegido la senda del gozo y de la bienaventuranza. Por ello saben reír como niños y hablar con la sabiduría de los grandes, en

esa radiante síntesis que sólo se puede producir cuando se unen, a través de un magnífico arco iris, las dos puntas de la vida. Tenemos la enorme dicha de haber conocido a una anciana india que con sus cien años de vida, ha sabido unir a ese niño, con esa sabiduría, y que tenía el radiante don de reír y hacer reír, tanto como de decir esas cosas que uno necesita asimilar y digerir con mucha lentitud... quizás por años. Que en paz descansa su espíritu, que tanta luz supo irradiar a muchos. Sean las palabras de este capítulo un merecido homenaje a su vida, a su lucha, a su entrega....



Diálogo entre el Patriota y el Extranjero...

A Goethe

Después de haber desarrollado ya varios personajes interiores, me parece importante rescatar a estas dos figuras simbólicas. Cada una de ellas vinculada indirectamente con elementos ya vistos. Sin embargo, no explicitaré estas relaciones porque pienso que es parte del ejercicio de reflexión del lector. Dedicaré un breve análisis a nuestro "Patriota" y "Extranjero", sólo con la intención de plantear cuestiones de índole cotidiana y de carácter esencial en el camino hacia la propia individuación.

El "**patriota**" es un personaje interior que está ligado al profundo sentido de pertenencia a algo o alguien. Por eso está relacionado semánticamente con la expresión "patria", entendida aquí como "lo que es propio". Es "patria" nuestro cuerpo, sentimientos, pensamientos, acciones, territorio inmediato y también, según cada caso, mediato. En síntesis, todo aquello de lo cual nos sentimos "padres". La vida misma puede ser considerada como tal, los hijos, las obras realizadas, etc.

Por eso, este personaje custodia los territorios propios y los defiende de cualquier posible amenaza exterior. Defiende el valor de lo dicho, las tradiciones, costumbres, historias pasadas, experiencias de vida, anécdotas, recuerdos, viejas fotografías o "objetos significativos" y cargados de sentido emocional, vital, existencial. Se afirma en todo esto para perpetuar lo vivido y no volver a necesitar atravesar iguales experiencias (sobre todo las dolorosas). Como todos los personajes, tiene su cara fastuosa y nefasta: el sentido positivo de dicha tarea, es mantener la consciencia de las raíces y la valoración de todo lo acontecido; el negativo, es la intolerancia que tiene con respecto a lo nuevo y la fuerte tendencia a quedarse instalado en lo pasado.

La añoranza de formas anteriores, como si no hubiera posibilidad mejor, tiene que ver con el "patriota". Lo cuál plantea la doble

oportunidad de: por un lado, ir al rescate de lo valioso y primordial, y por otro, quedarse pegado (como “estatua de sal”) a todo lo propio: cuerpo, pertenencias, ideas, creencias, esquemas ya probados, etc. Puede llevarnos desde el sentido de ser “terrenales”¹¹, con todo el valor que esto tiene en la vida, a convertirnos en un “museo” donde se venera lo propio como definitivo, cerrando así toda posibilidad al cambio. Por eso, no pocas veces, considera peligroso a lo que es diferente de lo que él mismo conoce y cuida celosa y posesivamente.

Su tarea está centrada en relación con lo que “tenemos”, en cualquier orden del “tener”. Y puede aferrarse demasiado a sus pertenencias, no queriendo soltar ninguna de ellas. En este sentido puede llegar a niveles marcados de intolerancia y discriminación, siempre con respecto a todo aquello que desconoce. Si se pone posesivo y fanático se transforma en un ser personaje interior reactivo y peligroso para la convivencia armónica con lo diferente, representado por el “extranjero”. En casos límite, termina adorando lo suyo, casi como si fuera una forma de culto o un rito sagrado. No hace falta poner ejemplos de todo lo dicho, hemos conocido demasiados casos en el devenir de la historia humana, de pueblos, comunidades y personas.

El “patriota” ve la realidad desde su punto de vista, y por eso muchas veces se queda en “la visión de un punto”. Suele ser acrítico con sus territorios y, frente a inminentes problemas resuelve todo conflicto planteando la dicotomía entre: “afuera y adentro”. “Los de afuera” son los culpables y “los de adentro” las víctimas. Esta notoria división es muy evidente en grupos pequeños, familias o pueblos, donde tarde o temprano aparece la actitud fanática del “patriota” en oposición a los extraños, los que “no son de acá”. Esta ceguera y empecinamiento no entiende

¹¹ Es gracias al “patriota” que se desarrolla la consciencia de “estar aquí”, con los pies en la tierra. Así como será gracias al “extranjero” que se desarrolle la consciencia de búsqueda de nuevos horizontes, siempre rumbo a lo desconocido, a lo alto, a la luz del sol.

“razones”, ni permite dar un paso superador del conflicto y la contradicción.

Lamentablemente muy a menudo el “patriota” es capaz de ver la paja del ojo ajeno y de no ver la viga que está en el propio. En este sentido, él mismo suele ser un poderoso obstáculo para la revisión y recapitulación de la propia historia personal o social. Porque cae en la postura unilateral y fundamentalista, se cierra y se ensimisma tanto, que no es capaz de dialogar con nada ni con nadie ajeno a sí mismo. Entonces el “extranjero” es vivido como enemigo que viene a alterar el orden y la armonía reinante en el territorio, por lo tanto hay que aislarlo, guerrear con él, destruirlo, erradicarlo.... La manzana podrida, pudre el resto de las manzanas del cajón, por lo tanto y desde una profunda actitud discriminativa, el “patriota” tratará de “hacer desaparecer” lo que considera malo para su parcial punto de vista.

Se pierde así la sagrada posibilidad de incorporar lo que trae el **“extranjero”**. Este representa lo nuevo, la posibilidad de cambios, renovación, renacimiento y movimiento constante. Contrasta fuertemente con el personaje anterior porque le pide que reformule lo viejo en función de lo que el trae, invitándolo a una permanente apertura y receptividad.

En principio, el “extranjero” parece un importante eslabón de la cadena de tesoros interiores, pero también tiene sus excesos y lados oscuros. El principal es la falta de raíces. Es un ser volátil, más de cielo y aire, que de tierra. Puede caer en la falta de compromiso, la inconstancia, el eterno vagabundear de aquí para allá, sin lugar definitivo. No planta árboles, como lo hace el “patriota”, porque no viene para quedarse, sino que siempre está de paso. Para él, quedarse es como morir, como autodestruirse. Y este es el sentido más negativo que tiene este segundo personaje: no desarrolla el sentido de pertenencia a ningún lugar en especial. Está, pero no se sabe por cuánto tiempo.

Más allá de esta dificultad, el “extranjero” plantea la oportunidad de despliegue de aquello que tiende a cerrarse y a cristalizarse en estructuras rígidas. Colabora con ideas “alocadas”, sentires y acciones disparatados para la mirada del “patriota”. Siempre con el objetivo de movilizar lo que ya no es flexible, lo que se ha esclerotizado. Desde este punto de vista, es un poco complejo el diálogo entre uno y otro. Uno, tiene la tendencia a elevarse y perderse en lo alto de las abstracciones y del pensamiento puro, el otro, tiene la tendencia a replegarse y hundirse en las profundidades prácticas y concretas de la experiencia de vida. Es evidente la distancia que puede haber entre ambos...

Pero cuando ambos personajes interactúan, el milagro se produce..., se logra el encuentro de lo nuevo con lo viejo, la permanente rueda gira con el ritmo de la evolución, la vida baila la danza de la espiral ascendente, siempre conquistando formas superadoras, de mayor unidad y perfección. Cuando el diálogo no es posible, pueden ocurrir dos cosas: que la balanza se incline hacia la primacía del “patriota” cayendo en las disfunciones ya mencionadas, rigidez, aislamiento, ensimismamiento, tradicionalismos, fijación al pasado, poca capacidad de transformación de lo propio, etc.; o que la balanza se incline hacia el “extranjero”, en desmedro del “patriota”, cayendo en: la falta de compromiso con algo definitivo, desenraizamiento, inconstancia, poca capacidad para terminar las cosas que se comienzan, pensamiento especulativo carente de acción, etc.

Ambos personajes se echan culpas mutuamente cuando este diálogo se empasta. El “patriota” ve como loco o peligroso al “extranjero”, se afirma en el miedo al cambio y cierra toda rendija que permita la renovación o entrada de “aires nuevos”. En cambio el “extranjero” ve como terco y anticuado al “patriota”, se afirma en la rebeldía y lucha a favor de una revolución que modifique un contexto tan acorazado y

hermético. Hay algo que es claro, ningún personaje es bueno en sí mismo, solo son aspectos útiles en la medida en que se interpenetren y actúen dialécticamente entre sí... **Tengamos los pies bien puestos en la tierra y la mirada en los grandes astros....**

Haciéndonos preguntas...

- ✱ ¿Cuál fue mi misión como niño?, ¿como joven?, ¿como adulto?, ¿como anciano?
- ✱ ¿Cómo es mi actitud con los mayores, abuelos y ancianos en general?
- ✱ ¿Puedo ver, en lo cotidiano, las pruebas que pone mi “ermitaño” al “niño herido”?
- ✱ ¿Cómo me pone una situación prolongada de soledad?
- ✱ ¿Cómo me pone la oscuridad?
- ✱ ¿Cómo me siento estando en quietud, teniendo poca movilidad?
- ✱ ¿Cómo me pongo ante el silencio absoluto?
- ✱ ¿Me siento huyendo de algunos de los enemigos de todo peregrino? ¿He hecho alguna experiencia de “ermitaño” sintiéndome cerca de esos límites?
- ✱ ¿Cómo me pone el paso del tiempo en mi vida?
- ✱ ¿Me planteo deliberadamente el tema de mi muerte?
- ✱ ¿He tenido la experiencia de encontrar a alguien que sienta que es un “anciano sabio”?
- ✱ ¿He oído una voz dentro o fuera que pueda atribuírsela al anciano?
- ✱ ¿Estoy preparado para transitar el camino del “NO”?
- ✱ ¿Me siento capaz de comenzar a soltar mis necesidades?
- ✱ ¿Cuáles son los apegos máximos, esas cosas que creo no poder dejar partir con mucha facilidad?
- ✱ ¿Puedo verme en la actitud de anciano y en la de viejo terco?
- ✱ ¿He experimentado la selección amorosa, el encuentro con el propio camino, pudiendo moderar la búsqueda desesperada, el caminar sin dirección aparente?
- ✱ ¿Me encuentro a menudo con “el sentido” de las cosas que me ocurren?
- ✱ ¿Reflexiono alguna vez acerca del gran sentido de mi vida, de mi “para qué” último y central?
- ✱ ¿En qué actitudes reconozco a mi “patriota” y al “extranjero”? ¿Hacia dónde suele inclinarse la balanza entre uno y otro?

- ✱ Para meditar... **“Medita en ayuno y silencio, soledad y oscuridad, en ese prolongado contexto la voz de la Pachamama será audible a tu oído interior y verás con transparencia lo que tengas que hacer...”** - Chamalu

- ✱ Recomendando leer, luego de haber leído este cuarto capítulo, con el propósito de profundizar: **“Y...el anciano habló”**, de Antón Ponce de León Paiva, Errepar (en el género novela testimonial)

